

Y despues de un ecsámen diligente
 Convienen en que deben manejarse
 Con tiento, y que el enfermo ha de purgarse.
 Nuestro tuno al oler la fastidiosa
 Diabólica poción que le revuelve
 Las tripas, de otro lado se les vuelve,
 Grita, se desespera y se lamenta;
 La madre á que la tome cuidadosa
 Le persuade y alienta;
 Mas viendo que el bribon se niega á todo,
 Hace traer de dulces y bizcochos
 Un azafate, á ver si de este modo
 Puede vencerlo: el pilló al ver los chochos,
 Se anima un poco; se los va zampando,
 Y al paso que los come mejorando.
 Dícelo así á su madre, que orgullosa
 Al ver de esta receta prodigiosa
 La eficacia divina,
 Luego envia á escardar la medicina:
 Arroja alegre la bebida amarga,
 Y al chiquillo de dulces lo rellena;
 El picaron se reie á boca llena
 De la buena mamá tan engañada
 Y la sabrosa enfermedad alarga.
 Nunca hubiera llegado á ser curada
 Si el padre que era un viejo marrullero,
 Y con sus hijos nada zalamero,
 No hubiera por fortuna aparecido.
 Ve, ecsamina al paciente, y en la cara
 Conoce luego la enfermedad rara,
 Que en español se llama picardia.
 De semejantes chanzas mal sufrido,
 “Señorito, le dice, salga usía
 De esa cama al instante, y á la escuela
 Marche sin detenerse, si no quiere
 Que le quede señal mientras viviere.”
 El señorito calla y obedece,
 Aunque allá adentro se condena, y vuela
 Al ver que á lo mejor se desvanece
 Su sistema tan bien imaginado:
 No tardó mucho el holgazan taimado
 En cansarse de temas y lecciones,
 Y en suspirar los dulces y roscones:
 Vuélvele á dar el accidente fiero;

Toma el padre el partido
 De apartar á la madre de la cama
 De nuestro enfermo, y en su lugar llama
 Un preceptor austero
 Que haga dar á aquel hijo tan querido
 No dulces, sino caldo fastidioso,
 Y alguna lavativa
 Para que no ande el vientre perezoso.
 En fin, le hace guardar dieta segura.
 Viendo el enfermo que de veras iba
 La fiesta, hace mudanza, se remedia
 El terrible accidente, salta fuera
 De la cama, molido y fastidiado
 De verse muerto de hambre y jaropeado,
 Y da fin, renegando á la comedia.
 Quedó la madre muy bien enterada
 De que si la bondad es demasiada,
 Del ánimo los males acrecienta
 Y que un rigor prudente los ahuyenta.

CAPITULO VIII.

De la docilidad.

No basta, amado Teotimo, tener respeto, amor y reconocimiento á los que trabajan en tu educacion; es preciso ademas ser dócil á sus consejos é instrucciones: la docilidad debe considerarse como la principal obligacion de los discípulos para con sus maestros; éstos son tus guías, y así te has de dejar gobernar por ellos. Sus luces son superiores á las tuyas, por lo que te tiene cuenta preferir sus consejos á tus propias ideas. Cuando tus padres te han entregado á su cuidado, ha sido para que les obedezcas en todo; y así faltarias á la sumision que debes á aquellos si resistieses á la voluntad de los que hacen sus veces.

Todas estas razones deben darte á conocer cuán jus-

ta y razonable es tu docilidad para con los que están encargados de tu enseñanza. El jóven duque de Borgaña estaba bien persuadido de esta verdad, aunque él se inclinó vado por su nacimiento á una clase que parece le dispensaba de la regular docilidad que deben tener los discípulos mas niños con sus maestros. Sucedió un dia, que en el calor de una disputa, contradijo á su ayo, y aun se le escapó el decirle: *veremos quién de los dos tendrá razon;* pero reflexionando en el instante que esta espresion era contraria á la obediencia y docilidad que le debia, añadió inmediatamente: *sin duda será V., porque es V. mas racional que yo.*

Los discípulos de Pitágoras no se preciaban menos de su docilidad; miraban todas sus palabras como órdenes de que no les era lícito dudar; y cuando alguno se oponia á sus máximas, no daban otra respuesta que ésta: *el maestro lo ha dicho: magister dixit.* Seria de desear que todos los niños usasen en el dia de la misma espresion; pero están muy lejos de tal docilidad para con sus maestros. En lugar de este racional obsequio no se ven en la mayor parte de ellos sino murmuraciones, desobediencias y rebeldias. Basta muchas veces que se les mande una cosa para que se empeñen en no hacerla. ¿Y nos admiraremos despues de que adelantasen tan poco en las ciencias y en la virtud?

¿Qué dirias de un caminante que tomando una guia para dirigirle en su viage, se obstinase en no tomar el camino que le señalaba, y se metiese, siguiendo su propio capricho por sendas desconocidas? Sin duda le tendria por un insensato, precisamente se habia de perder, y no poder llegar jamas al término que se proponia. Por

este caminante es viva imágen de un niño indócil, que sin atender á los prudentes consejos de sus maestros, quiere guiarse solo por su capricho, y seguir en todo su propia voluntad. ¿Y se podrá esperar de tales antecedentes que consiga una buena educacion? El por sí es incapaz de gobernarse á sí mismo; por otra parte, no quiere dejarse dirigir por los que tienen mas conocimientos y esperiencia que él; con que precisamente se ha de perder, y ha de experimentar la funesta suerte de una mariposa jóven cuyo suceso te servirá de instruccion, y te dará á conocer las tristes consecuencias de la indocilidad.

FABULA IX.

La mariposa jóven y la vieja.

Una mariposa vieja
En el mundo muy curtida,
Porque no muriese asada
A su hija le repetia:
“Huye esa engañosa llama,
Que parece que convida
Con su belleza, y destruye
A todo el que se le arrima;
Yo misma, por ser curiosa,
Acercándome atrevida,
Saqué y aun fué gran fortuna,
Estas alas consumidas.
Y si como otras sin juicio
Me descuidára en huirla,
Seguramente como ellas
Perdido hubiera la vida.”
Obedecerla promete
Amedrentada la niña;
Mas dentro de poco rato,
Hablando consigo misma.
Decia: “¿Por qué mi madre

De tal modo me intimida
Para que esa luz no vea,
Cuyo brillo al mundo hechiza?
¿Qué resplandor tan hermoso!
¿Vaya, que es cosa muy linda!
¿En verdad que son los viejos
Estremos de cobardia!
Les parece un elefante
Cualquier mosca pequeñita,
Y es gigante todo enano,
Si fiamos en su vista.
¿Qué mal puede resultarme,
Por mas que cante la tia,
De acercarme con cautela?
¿Qué, soy yo alguna bobilla!
Con eso daré razon
A todas las demas chicas,
Sin aventurarme mucho,
De esas luces tan bonitas.”
Decir esto y acercarse
Fué todo una cosa misma;

Al derredor de la luz
La tonta mariposilla
Comenzó á revolotear;
Al principio no sentía
Mas que un calor agradable;
Esto mismo la incita
A que se fie, y gozosa
Cada vez mas se aprosima:

Hasta que al fin, deslumbra
Al dar una vuelta lista
De aquella pérfida llama
Al centro se precipita,
Y sin poderse valer
Acabá su triste vida.
Tal pena el desobediente,
Tiene muy bien merecida.

Acuérdate bien de esta leccion, amado Teotimo, y no mas dudes de que la indocilidad es siempre funesta á los niños que se niegan á las luces de sus guías para arreglar su conducta. Si no les arrastra en todas ocasiones á los mayores desórdenes, les impide cuando menos adelantar en las ciencias y cultivar su ingenio. Porque un niño que se está educando é instruyendo es como un fogoso potro que se está domando. Aunque se ponga un animal de esta especie en manos del mas hábil picador, si se obstina en sacudir el freno, en empinarse, en resistirse y negarse á andar á la cuerda, y hacer las demas evoluciones á que se quiere sujetar, á pesar de todos los sudores del picador jamas servirá para cosa alguna. Espárzase la mejor cimente en un campo fértil, si la tierra no la recibe en su interior, si no se presta cuidado en cubrirla para que fermente y nazca, será enteramente inútil, y el campo no producirá fruto alguno. Puede, pues, aplicarse lo que digo de este campo á cualquier niño indócil. En vano se esparcen en su ánimo las semillas de la ciencia y de la virtud; en vano se le dan las mas saludables instrucciones, si no coopora con docilidad á los cuidados de sus maestros, serán vanas e inútiles sus fatigas, y totalmente infructuosa su enseñanza. Quieres ver otro símil que te de á conocer me-

la importancia de la docilidad? Toma un pedazo de hierro, mira si lo puedes ablandar, y verás como no lo consigues: su dureza superior á tus esfuerzos, opondrá un obstáculo invencible á tus deseos. Toma al contrario un poco de barro ó cera, verás con qué facilidad lo ablandas y formas cualquier figura. ¿Y en qué consiste esta diferencia? ¿En qué ha de consistir sino en que la cera es dócil á las impresiones que se le dan, y el hierro al contrario, inflexible? Por esta razon, con este metal, nada podrás hacer, y con la cera harás todo lo que te ocurra. Es tan clara la aplicacion de este símil, que no necesita de indicarse. Ya conocerás que el hierro representa al muchacho indócil, y la cera al que es obediente. De esta misma comparacion se valió en otro tiempo un prudente maestro para reprender la desobediencia de su discípulo. Ve aquí el suceso.

FABULA X.

El maestro y el discípulo.

Cierto chiquillo indócil y travieso,
Del griego y del latin poco cuidaba,
Pero sí de enredar, cuando se hallaba
En el aula, en lugar de estar atento
A la leccion, formando con gran seso,
Para no estar ocioso
Mil figuras, mil títeres con cera:
Nota el divertimento
El maestro, que en la escuela un Argos era.
Le riñe ásperamente: él con reposo
Oye el sermon que le entra por un oido
Y por el otro sale en el instante;
Vuelve á su cera el inmediato dia,
Y vuelta á predicar; mas él constante
Su fábrica de manos proseguia

A pesar de castigos y sermones:
Viendo el maestro que arrojaba al viento
Sus zurras y razones,
De otro modo pensó tomar el tiento
Al tozudo muchacho; unas barritas
De hierro recogió, y cierta mañana
Cuando el tuno labraba con mas gana
De cera las famosas figuritas:
“Vaya, le dice, que eres industrioso;
Lástima es que no seas mas juicioso;
Siquiera, si esos títeres hicieras
Con este hierro, en mi concepto fueras
Hombre útil y jamas te reñiria
Por malgastar el tiempo inútilmente,
Como en la cera, que eso es niñeria.
—¿No vé usted, le responde prontamente,
Que eso me es imposible?
La cera es blanda, y á las manos cede,
Cuando al contrario, el hierro es inflexible;
Ablánde usted, si acaso puede,
Como la cera, y quedará servido.”
—Muy bien te esplicas, replicó el maestro,
Deseosó de verle corregido:
Hablas como hombre en la materia diestro;
Pues con todo, á pesar de la dureza
Que el hierro tiene por naturaleza,
Se labra, mas no hay fuerza que consiga
Dar forma alguna al ánimo obstinado
De un niño á sus violentos
Caprichos entregado:
Y así, si quieres que útilmente siga
En pulir tus costumbres y talentos,
En adelante sé para conmigo
Blando como la cera es coatigo.

No menos que al niño se dirige á tí esta leccion, amado Teotimo: áprovéchate de ella y guárdate de imitar la conducta de aquellos muchachos indóciles que parece que no tienen mayor gusto que el de oponer en todo á la voluntad de sus maestros, sin que las amonestaciones y castigos puedan hacerles ceder. No has

cosa mas odiosa que esta especie de rebeldía; pues es señal característica de un entendimiento zurdo, de un mal corazon y de un carácter obstinado é inflexible. Debe perdonarse facilmente una inadvertencia, un pronto, un primer movimiento; pero no una indocilidad continua. Cualquier niño que persevera en su rebeldía es reputado por indigno de todo cuidado, y abandonado á su perverso carácter; cuando al contrario nadie puede dejar de querer á un niño dócil; todo el mundo se deleita en instruirle y se esmera en adelantarle, porque ve que las lecciones que se le dan, semejantes á la cimiente que cae en buena tierra, producirán ciento por uno.

Mira, pues, como una de tus principales obligaciones el acomodarte al dictámen de tus maestros en todo lo tocante á tus estudios y conducta. Ponte en sus manos como el barro en las del artífice, que le hace tomar las figuras que quiere. A los principios te costará dificultad, pero quedarás bien pagado de la violencia que te hagas, por las ventajas que sacarás de tu docilidad; esto es, por el amor y la estimacion de tus maestros, por la satisfaccion de tus padres, y por los progresos que harás en las ciencias y en el camino de la virtud: ademas que esta sujecion no ha de durar siempre. Llegará tiempo en que gozarás de la libertad sin estar espuesto á abusar de ella. Pero por ahora es absolutamente preciso que estés sujeto á la autoridad de las sábias personas que están encargadas de tu educacion. Si estuvieses entregado á tí mismo te dejarias arrastrar infaliblemente de tus deseos, y llegarías á conocer, aunque tarde, que la libertad era para tí mil veces mas funesta que la suave sujecion en que vives. Te daré á conocer mejor esta

verdad por medio de la siguiente fábula, que dará fin capítulo.

FABLA XI.

El Canario.

Prisionero se hallaba
Un canario pulido,
Y aunque en dorada cárcel
Lloraba el pobrecito
Su libertad perdida,
Sin servirle de alivio
De su ama enamorada
Las fiestas y los mimos.

En vano le repite
Que en aquel dulce nido
Está libre del fiero
Gavilan enemigo.

Le fastidia el azúcar,
Le cansa el organillo
Destinado á enseñarle,
Emulo de sus trinos.

Las olorosas flores,
Romeros y tomillos,
Con que su jaula adornan
Por verle divertido,

Sirven solo de sebo
A su corancito,
Para tener del campo
Deseos aun mas vivos.

En su lengua decía,
El simple pajarillo,
¿Qué aprovechan adornos
A un infeliz cautivo?

La libertad deseo,
La realidad suspiro,
No apariencias que sirven
Solo á dorar los grillos.

Cuando así discurría,
Le trae un bizcochito
Su cariñosa dueña;
Mas por fatal olvido
De la prision la puerta
Deja sin el pestillo:
Apenas la ve ausente
El pájaro atrevido.

Cuando sin acordarse
De los tiernos cariños
Y regalos de su ama,
Ni de sus beneficios,

Sin despedirse vuela
Por los aires muy listo,
Muy gozoso de verse
Dueño de su albedrio.

Sobre un tejado forma
Proyectos los mas lindos,
Cuenta vivir dichoso,
Lleno de regocijo.

Mas cuenta sin un gato
Que le acecha escondido,
Y con uñas crueles
Da fin á sus delirios.

Desconfiemos siempre
Del gustoso atractivo
Con que sae una falsa
Libertad seducirnos.

La sujecion prudente
Lejos de hacer perjuicio
Al hombre, le liberta
De riesgos infinitos.

CAPITULO IX.

De las obligaciones de los niños para con sus iguales.

Despues de tus padres y maestros, tus compañeros é iguales son los que tienen mas conecion contigo, y te importa mucho lograr su amor y su estimacion, pues de esto depende tu quietud y la felicidad de tu vida. Es cosa muy desagradable el verse continuamente espuesto á las burlas y desprecios de aquellos con quienes tenemos precision de vivir: y esto te sucederia si no tuvieses cuidado de arreglar tu conducta para con tus iguales y de evitar ciertos defectos que te atraerian su aborrecimiento y desprecio. Todos estos defectos pueden reducirse á tres puntos principales, que son, por decirlo así, las fuentes de donde nacen todas las enemistades y disenciones que reinan entre los niños. El primero es la soberbia, que hace que nos estimemos mas que á los otros, y que los miremos con desprecio; y por lo regular se funda en atribuirnos ó mas talento ó mas ilustre cuna: no puedo ponderarte, amado Teotimo, cuán contrario es semejante modo de pensar á los principios de nuestra sagrada religion, que no nos encarga otra cosa con mas cuidado que el que nos miremos todos como hermanos; y no puedes concebir cuán aborrecible nos hace para con nuestros compañeros. Yo mismo fuí testigo de un lance bien extraordinario acaedido por esta causa en un colegio en que me hallaba. Entre los demas niños habia allí uno tanpreciado de su noble nacimiento, que no sabia hablar de otra cosa. Esta vani-

dad empezó á indisponer contra él á todos los que le trataban; con todo, á los principios se atribuía á atoleamiento y á tontería mas que á soberbia, y no se hacia caso; pero llegó á esplicarse en cierta ocasion tanta altanería, que alborotó contra él todos los compañeros. Estando en la hora de recreacion con uno de sus discipulos, de nacimiento inferior, contándosele por igual suyo, cuando menos en la calidad de colega, que les era á todos comun, le habló y trató con la misma familiaridad que á los demas; pero nuestro altanero niño, creyendo que le faltaba al respeto debido, se puso muy serio, y en tono soberbio é imperioso se volvió hacia él y le dijo: "¿Cómo te atreves á hablarme así? ¿sabes que soy marques?" No fué menester mas para hacerle la fábula del colegio. Inmediatamente le rodearon todos; y haciéndole por burla las mas profundas cortesías, le molieron los títulos de noble y de marques. No acabó con esto la escena. Cualquiera de ellos que le encontraba, repetia á cada paso la ceremonia. No le trataban sino de señor marques. Llegó en fin la ocasion á tal extremo, que no pudiendo ya sufrir las malignas y saladas burlas que llovian sobre él, se vió obligado á salir del colegio y á aprender, á costa suya, que la soberbia y la vanidad, al paso que nos hacen desear la estimacion, nos atraen el desprecio y el vilipendio.

Huye, pues, cuidadosamente de insultar á los demas con la menor apariencia de vanidad ó de desprecio. Por mas que les seas superior en nacimiento y en talentos, jamas des á conocer en tus conversaciones ni en tus modales que te prefieres á ellos. Sé con todos afable humano y amigo de complacer. Esmérate en servir

cuando llegue la ocasion, y evita cuidadosamente cualquier cosa que pueda darles que sentir. Por este medio conseguirás su estimacion y afecto; por el contrario, asi no ven en tí otra cosa que indiferencia y desprecio, y pagarán infaliblemente en la misma moneda y no tendrán otro gusto que el de abultar malignamente tus faltas y humillar tu vanidad con las mas amargas burlas.

FABULA XII.

La abeja y la mariposa.

La vanidad en todos es odiosa;
 Pero principalmente
 En el humano trato es fastidiosa
 Cierta especie de gente,
 Que aunque de humildes padres procreada
 Viéndose con carrozas y dineros
 Mira á todos con ceño y con desprecio,
 Y en la calle no cabe á puro hinchada;
 El mundo malicioso, al ver tal necio,
 Se acuerda que algun tiempo anduvo en cueros,
 Y á carcajadas rie
 A las barbas, del mismo que se engrie:
 Así le sucedió á una mariposa
 De un oscuro capullo prisionera;
 Que apenas se vió fuera,
 Y el mundo nuevo examinó curiosa
 Cuando todos los otros animales
 Que á su vista se ofrecen,
 En gracia y en belleza le parecen
 A su linda persona desiguales,
 Y así pondera ufana sus primores:
 "No siendo ciego, ¿quién compararia
 Su hermosura á la mia?
 ¡Estos vivos colores,
 Estas alas soberbias afelpadas,
 De azul celeste y oro matizadas!
 ¡Vaya, que soy prodigio de belleza!"

A esa abeja preciada de industriosa
 ¿Qué adorno concedió naturaleza?
 ¡Pues la mosca tan negra y asquerosa....
 Y este animal tan lánguido y tan fiero,
 Ese mosquito..... pueden compararse
 De cien leguas á mí? ¡Tábe grosero,
 Mal color, estrañbótica figura!
 Vaya, grima me dan: fuera locura
 Que conmigo pensáran igualarse:
 Las flores mismas quedan muy distantes
 De mis colores vivos y brillantes;
 Y si á ellas llego, llenas de alegría
 Sus perfumes me ofrecen á porfia.”
 Así hablaba madama ventolera,
 Cuando una buena abeja
 Le dice estas razones á la oreja:
 “Todos reconocemos, señorita,
 Que es usted la p. imera
 En belleza, mas deje V. ese vano
 Orgullo, acuérdesese que era gusano
 Poco hace, y no tendrá tanta pepita.
 Antes de tomar vuelo,
 Al meterse en el sucio cucurucho,
 Era V. un avechucho
 Como este que ahora arrastra por el suelo.

El segundo defecto que debes evitar es el oficio de delator y soplón de las faltas y de la conducta de tus condiscípulos. Acostumbra á pintarse la discordia con el signo del emblema de una furia con un tizon en la mano que golpea la cabeza poblada, en lugar de cabellos, de una multitud de culebras que vomitan á todos lados el veneno del odio. No hay retrato mas propio de un soplón. Solo sirve para sembrar en todos los corazones la disencion y la enemistad. Sus delaciones son un abundante manantial de desazones y quimeras, y lo que es mas particular es, que dañando á los otros, se dañá aun á sí mismo, porque no hay cosa que haga mas odioso á un

ño que semejante oficio. Todos los demas le miran como á un embrollon, y á porfia huyen de él y le desprecian. No quiero decir con esto que cuando los que tienen autoridad sobre tí te examinen secretamente acerca de algunas faltas que puedas haber ebservado en los otros, y sean capaces de contagiar el aula ó el colegio, dejes de declararles la verdad, pues en tal caso estás obligado á hablar aun antes que se te pregunte, para precaver, en cuanto esté de tu parte, el daño; pero aun en estas mismas ocasiones has de ser sumamente circunspecto, y no has de decir mas que lo que sepas con entera certidumbre. Evita cuidadosamente el escudriñar los defectos agenos, contentándote con conocer y corregir los tuyos.

Como al prójimo nunca nos miramos,
 Dos alforjas nos dió naturaleza
 A todos los que de hombres nos preciamos;
 Y es tal nuestra destreza,
 Que las faltas del prójimo llevamos
 A la vista en la alforja delantera,
 Pero las nuestras siempre en la trasera.

Esto es, que muchas veces notamos y reprendemos en los otros las faltas que no vemos en nosotros mismos aunque nos afeen igualmente que á ellos. El pasaje siguiente, de que me acuerdo, servirá de confirmacion á esta verdad.

FABULA XIII.

Los dos hombres feos.

Cierto dia en un corrillo,
 Con teson se disputaba
 Sobre prendas corporales,
 Sobre presencia bizarra;

Allí, por casualidad,
 Dos hombres feos se hallaban,
 Cuyas faltas en la historia
 Nos han quedado archivadas;

Color de tabaco de hoja,
 Narices grandes y chatas.
 El pelo rojo y muy claro,
 Las bocas desaforadas;
 A estos rasgos de belleza
 Ojos de gato agregaban
 Y unas barbillas de vieja:
 Tales eran las dos fachas,
 El uno de ellos juicioso
 Reconocia sus faltas
 Buenamente; mas el otro
 De buen mozo se preciaba:
 Por hermoso se tenia
 (En nuestros tiempos no es rara
 Esta escasez de razon.)
 Aunque un Esopo (1) en la traza;
 Pero era lo mas gracioso
 Que á su pobre camarada,
 Como si él fuera un Adonis,
 Sin cesar se le burlaba:
 "¿Qué semblante tan gracioso!
 Le decia: ¡qué gallarda

Presencia! Es lástima cierto
 Que no le lleven en andas;
 Si alguno le recogiera
 Y al público le enseñara
 Por dineros como el oso.
 Presto se hiciera de plata."
 Así sin vergüenza alguna
 Nuestro buen fizgon zumbaba
 Al otro, que sin decirle
 La mas mínima palabra
 Marcha á traerle un espejo,
 Y delante se lo planta,
 Obligándole á mirarse
 Aquella espantosa cara.
 Diciendo: "Aquí tiene V.
 Respuesta á todas sus chanzas
 Mírese V. sin pasión.
 Y sabrá esta verdad clara:
 Que si sus propios defectos
 Viera V. al poner tachas
 A los demas, para siempre
 De conversacion mudára."

El tercer defecto de que debo precaverte es de la impaciencia y la cólera. A cada paso se hallan niños que nada pueden sufrir. La mejor palabra les irrita y les hace prorumpir en quejas y disenciones. Semejantes pedernal, al menor encuentro, á la menor disputa, se encienden; y en lugar de chispas despiden injurias y de vergüenzas. El que se porta de este modo no conoce bien su propio interes. Esta conducta daña mas á quien quiere muchacho que cualquiera otra cosa que puede hacerse ó decirse contra él. Con ella desacredita el genio é induce mas y mas á sus compañeros para que le inquieten. Ya habrás reparado que por lo regular

(1) Esopo fué un hombre muy feo, pero muy entendido y discreto, y escribió varias fábulas muy ingeniosas muchos siglos antes de la venida de Cristo.

todo el mundo se divierte en burlarse con mas empeño de aquellos que tienen poco sufrimiento, ó como suele decirse, poca correa, y que basta muchas veces que un niño se resienta de algunos motes ó zumbas, para que los otros le hostigen continuamente con ellos. Ten, pues, mucho cuidado, amado Teotimo, en este particular; aguanta las zumbas y chocarrerias de los demas con semblante risueño, que dé á conocer que entiendes de chanzas. Si lo haces así, en breve inpondrás silencio á los burlones, y serás el objeto de su estimacion y cariño; y por el contrario, si te impacientas y enfadas, les darás pie para que te persigan de muerte.

FABULA XIV.

El perrito y sus compañeros.

Un perrito, de lanas adornado
 Blancas y negras, fino, acariciado
 De un amo noble y sabio en quien se unia
 El trato amable á la filosofia,
 De tamaña fortuna envanecido,
 Turquillo, que así el perro se llamaba,
 Segun cuenta el autor de nuestra historia,
 Un dia que hizo cierta escapatoria,
 Se presentó en la calle tan erguido
 Y tan hueco, que toda la ocupaba.
 Los otros perros viendo á aquel ufano
 Forastero que andaba á lo prusiano,
 Se empiezan á burlar de su figura;
 Poco á poco la turba le rodea,
 Uno de ellos, con grande compostura
 La pata alza, y encima se le mea;
 Otro muy grave se le pone al lado,
 Le huele y le registra lentamente;
 Aquel le empuja y gruñe: éste le ladra,
 Alguno mas audaz le clava el diente;

A nuestro Turco, poco acostumbrado
 A estas chanzas, ninguna de ellas cuadra,
 Y en lugar de soltar la carcajada,
 Les pone una carilla renegada,
 Hace en fin el tremendo desatino
 De querer resistir, mas al pobrete
 Entre todos le ponen en un brete;
 Sabe Dios como escapa, y á su casa
 A toda prisa vuelve muy mohino,
 Reflexiona despues lo que le pasa;
 Ve que ha estado imprudente,
 Y que entre aquella gente
 Era el mejor remedio acomodarse
 A las burlas, y nunca impacientarse;
 Lo hace así: la primera vez que sale
 Los insultos aguanta con paciencia.
 Se rie, y no les hace resistencia;
 Esta conducta á los burlones todos
 Los pone de su parte: eso le vale,
 Dice Almanzor, que á todos gobernaba.
 Y en perruna prudencia aventaja,
 Cual digno presidente: "Buenos modos
 Son los que aquí le sacarán ileso,
 Pero si se nos viene á hacer el tieso,
 De esas ligeras chanzas mal sufrido,
 Saldria brevemente corregido.
 Esta leccion confirma la esperiencia;
 Se han de llevar las burlas con paciencia.
 El que hace lo contrario es despreciado
 Y del racional trato desterrado.

Lo que se acaba de decir es mas importante de que te parece, no solamente para ahora, sino para sucesivo. Te hallarás en mil ocasiones, en que por divertirse, sea por experimentar tu genio, te correspondes á estas chanzas con aquel tono risueño aquella política que pide la buena crianza, te miras todos como un hombre mal educado, habrás de mil desaires en la sociedad, y quizá tu descortesia

drá consecuencias mas funestas. No serás tú el primer jóven que se ha precipitado en las mayores desgracias, por no haber sabido llevar una inocente chanza. Así se perdió un jóven ilustre recién llegado á un regimiento. Envanecido de su nobleza y satisfecho de su pretendido mérito, no podia sufrir que se riesen de él, y creia que todo el mundo debía respetarle. Esto mismo alborotó mas y mas á los otros oficiales jóvenes contra él; cuanto mas sensible le venia á las zumbas, tanto mas se apretaban. El recién llegado no pudo contenerse, rompió al fin, sacó la espada y fué muerto en un desafío, que ciertamente se hubiera ahorrado si hubiera sabido dominar su genio inflexible y divertirse con los que le zumbaban. Este ejemplo te dará á conocer cuánto importa acostumbrarse con el tiempo á reprimir los ímpetus de la impaciencia, y á llevar sin resentimiento cualquier chanza inocente.

CAPITULO X.

De la ciencia.

Son pocos los niños que conocen la importancia de la ciencia, y son pocos, por consiguiente, los que se aplican á adquirirla, porque si todos supiesen las grandes ventajas que trae consigo, no podrian menos de aherrarse sobre algunos defectos reales ó supuestos; si habla con el mayor ardor. La ciencia es para nuestra alma lo que la luz para nuestros ojos. Nos ilumina y dirige en todos nuestros pasos. Nos da á conocer los atractivos de la verdad, la hermosura de la naturaleza, y la grandeza de su Criador